

pero antes tuvo el consuelo de ver á indios y españoles desviviéndose igualmente en mostrarle su respeto: le hicieron muchos regalos, le proveyeron de víveres, y le acompañaron en canoas hasta abordado de los dos buques que debían conducirle y á sus religiosos á Nuestra Señora de las Victorias.

Se dieron á la vela en un día bonancible y sereno; mas como aun corría la estación de los nortes, que en el golfo de México trae periódicamente tempestades peligrosas, el 21 de Enero de 1545 el viento del norte sopló tan tempestuoso que dió al traste con uno de los buques, ahogándose cuantas personas iban en él, y entre ellos nueve de los religiosos dominicos. Por fortuna, el buque en que iba el Sr. obispo, aunque estuvo en grave peligro de perderse, no zozobró, y, si bien maltrecho, pudo arribar á Nuestra Señora de las Victorias, y de allí, con mil penalidades, el Sr. Las Casas se trasladó á la capital de Chiapas.¹

Aquí esperaban al animoso prelado nuevas borrascas, no ya de los elementos desencadenados, sino levantadas por hombres apasionados, interesados y turbulentos. Firme en la práctica de las doctrinas que enseñaba, prohibió dar la absolución en confesión á los españoles que tuviesen indios libres por esclavos, y á un dean de su catedral, que sin embargo de esta prohibición absolvió á ciertos españoles culpables de aquella falta, lo excomulgó y lo mandó procesar y prender. Esta fué la señal de un levantamiento en Ciudad Real: los españoles se suble-

¹ México á través de los siglos, tomo III, pag. 342.—Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 270.

varon contra el obispo; y éste tuvo que poner en libertad al dean, que á toda prisa fué á refugiarse á Guatemala.¹ Obcecados los españoles, se propusieron obligar al obispo á separarse del país, y no solamente se negaron á pagarle diezmos, sino que no querían venderle los alimentos, ni darle nada de comer y apenas se podía mantener con lo que los indios le suministraban. Esto obligó al obispo á trasladarse á Gracias á Dios á pedir auxilio á la audiencia que allí residía.

Mientras el Señor Las Casas buscaba sin conseguirlo el remedio de sus tribulaciones en la audiencia que presidía el yerno de Montejo, se ponían en camino para Yucatán los religiosos franciscanos que debían evangelizar á los mayas. Ya desde el año de 1542,² el padre Fray Jacobo de Testera, al volver del capítulo general de Mantua con ciento cincuenta religiosos de su orden, se acordó de los numerosos indios que poblaban las comarcas de Centro-América, y envió al padre Fray Toribio Motolinia y doce compañeros á Guatemala, con instrucciones de que desde allí extendieran sus trabajos de predicación á todas las tierras circunvecinas. Cuatro de estos religiosos fueron destinados á Yucatán, y el padre Motolinia les ordenó que emprendiesen su viaje y se estableciesen en Yucatán, en donde, según las noticias recibidas, había varias poblaciones de españoles fundadas, y en los indios gran disposición á abrazar el cristianismo. Fray Luis de Villalpando, Fray Lorenzo de Bienvenida, Melchor de Benavente y Fray Juan de Herrera,

¹ *Cartas de Indias*, pag. 23.

² Mendieta. *Historia eclesiástica indiana*, pag. 381.

fueron los escogidos, y nombró el padre Motolinia al primero de éstos, como superior.

Coincidió la determinación del padre Motolinia de enviar religiosos á Yucatán, con igual pensamiento que tuvo el comisario Fray Martín de Hojacastro¹ de enviar otros cuatro religiosos á Yucatán desde México, que fueron Fray Juan de la Puerta, Fray Nicolás de Albalate, Fray Miguel de Vera y Fray Angel Maldonado.

La venida de todos estos religiosos debió verificarse en el año de 1545, y no en 1544 ni en 1546, como asientan diversos historiadores. De seguro no vinieron en 1544 por ser un hecho comprobado que el Illmo. Sr. Las Casas desembarcó en Campeche en Enero de 1545, y no encontró en Yucatán religiosos franciscanos. Tampoco puede aceptarse la opinión de Cogolludo, que refiere la llegada de los religiosos al año de 1546, por haber un dato que contradice tal aserción, y es la carta que escribieron al Consejo de Indias, el primero de Febrero de 1547, Fray Juan de la Puerta y sus compañeros. En ella se leen estas frases: «Para effctuar nuestros deseos y cumplir la obediencia paseamos la mayor parte de lo que está sujetado, por ver si en ella se podía ensanchar la Iglesia Catholica, y multiplicar la vinia del Señor, lo cual todo bien mirado por espacio de dos años y más, nos juntamos todos convocados por el Spiritu Santo en una congregación.» De estas palabras se deduce claramente que el primero de Febrero de 1547 hacía ya dos años que estos religiosos estaban en Yucatán, y así no

¹ Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*, pag. 94.

es posible colocar la fecha de su venida en 1546, sino en 1545, fecha en que también la coloca la Crónica de Chicxulub, que dice textuamente: «Lae 1545 años caniculob Saci laix yabil hopp ti cristianoil tumen padresob orden de San Francisco.»¹

El padre Cogolludo asigna el año de 1548 como fecha de la llegada de Fray Juan de la Puerta, mas esta aserción está contradicha por la carta que acabamos de mencionar. Además, según el padre Landa, Fray Martín de Hojacastro, comisario general de los franciscanos, fué quien envió de México á los religiosos que vinieron á acompañar á los enviados por el padre Motolinia. El padre Hojacastro en 1548 era ya obispo de Tlaxcala y no pudo entonces enviar religiosos á Yucatán porque no los tenía ya bajo su jurisdicción.

El padre Cogolludo dice también que el padre Villalpando vino á Yucatán con título de comisario, en tanto que, en la carta antes citada, Fray Juan de la Puerta firma como comisario. ¿Quién de los dos era pues el superior? A nuestro juicio, la contradicción es meramente aparente, y se desata con sólo tener á la vista la instrucción del general de los franciscanos á los primeros religiosos que vinieron á Nueva España. En ella se lee lo siguiente: «Cuando el custodio enviare algunos (aunque no sea más de dos), siempre señale á uno por prelado del otro.» De aquí se viene en conocimiento que cuando el padre Motolinia envió de Guatemala para Yucatán á los cuatro nombrados religiosos, designó por comisario de ellos á Fray Luis de Villalpando, y que al enviar á los demás desde México el cus-

¹ Brinton. *The Maya Chronicles*, pag. 205.

todio general, les dió por comisario á Fray Juan de la Puerta: llegó primero á Yucatán Fray Luis de Villalpando y sus compañeros, y estuvo entretanto fungiendo de superior: á los pocos días llegó Fray Juan de la Puerta, y como éste tenía su nombramiento de superior de más alta jerarquía, por razón natural y lógica debía prevalecer respecto del nombramiento emanado del padre Motolinia: reunidos los ocho religiosos, no podían tener sino un solo superior, y éste no podía ser otro sino Fray Juan de la Puerta que había recibido su investidura de autoridad más elevada.

Los religiosos que vinieron de Guatemala se pusieron bajo la protección del adelantado Montejo, á quien el padre Motolinia había escrito participándole el pensamiento que tenía de enviar religiosos á Yucatán. El Adelantado había aplaudido la idea, y aun había ofrecido acompañar á los frailes si coincidía el viaje de éstos con el que tenía en preparación, porque sabiendo que ya toda la península estaba subyugada, quería ir á tomar posesión personalmente de su gobierno. Esta oferta no pudo llevarse á cabo porque, retardándose el viaje del adelantado, el padre Motolinia juzgó que no debía demorar por más tiempo la partida de los religiosos, y dispuso que Fray Lorenzo de Bienvenida entrase por la parte oriental, y que los otros fuesen por Chiapas y de allí por Palenque y Acalán hasta salir á Champotón.

El padre Bienvenida fué el primero que se puso en camino: ¹ fué de Guatemala al Golfo Dulce, y

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 390

embarcándose allí, aportó luego á Salamanca de Bacalar, donde su primer cuidado y empeño fué ponerse á aprender la lengua maya, con el fin de entender y hacerse entender de los indios: á poco tiempo empezó á predicar la doctrina cristiana en todos los pueblos del tránsito desde Bacalar á Mérida. El viaje lo hizo á pié y sin compañero alguno; pero en todas partes fué recibido con amor y consideración, esmerándose los indios en prodigarle cordial hospitalidad y muestras repetidas de afecto: sin duda por lo mismo que le veían pobre, humilde, desarmado, sin un amigo ni compañero, quedaban sobrecogidos de admiración, atraídos y seducidos por la influencia de virtud tan extraordinaria: siempre el espectáculo de la virtud sencilla, modesta, abnegada y heroica tiene el privilegio de conquistarse los corazones, y despertar simpatías. Pasmados quedaron los españoles de Mérida al saber cómo había atravesado no solamente sano y salvo, sino aclamado y bendecido, por entre tan numerosos pueblos de indios que había en la prolongada distancia de Bacalar á Mérida: semejante viaje equivalía á una verdadera exploración, y de allí fué que apellidaron al padre Bienvenida «El Explorador», ¹ nombre glorioso que bien indica la magnanimidad de este varon ilustre que sin más ambición que el civilizar á los indios, recorrió no una sino muchas veces á pié y descalzo, no solamente la península de Yucatán sino Centro América, y que en alas de su amor á los indios cruzó repetidas veces los mares con el objeto de traer nuevos

¹ Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 555.

cooperadores en la tarea de convertirlos al cristianismo.

El padre Villalpando ¹ y sus compañeros se dirigieron primero á Chiapas, pensando hacer el viaje en compañía del adelantado Montejo; mas observando que éste demoraba su partida, desistieron de esperarlo, y se pusieron en camino por Palenque y Acalán hasta que salieron á Champotón. Cruzaron bosques, montañas, rios, lagunas y cienagas; mal alimentados, bebiendo del agua que encontraban en el camino, durmiendo á la intemperie, y sufriendo las injurias de las sabandijas de la selva, apenas puede explicarse cómo no sucumbieron en el trayecto. Este viaje que hicieron los religiosos á pie y descalzos desde Guatemala á Yucatán es un prodigio inefable de abnegación, sobre todo si se tiene en cuenta que humanamente no tenían ningún aliado: no les inspiraba la sed del oro; no buscaban el bienestar, ni la fortuna; ni aun la gloria codiciaban; no obedecían á otro impulso que al ferviente deseo de esparcir la semilla de la civilización cristiana en innumerables hombres que consideraban como hermanos y á quienes por espíritu de fraternidad querían arrancar de supersticiones y prácticas abominables y sangrientas: ardían en caridad, y esta virtud les hacía vencer los obstáculos que las circunstancias y naturaleza del país, que por vez primera visitaban, hacían nacer á cada paso.

De Champotón pasaron á Campeche, donde D. Francisco de Montejo, el mozo, y los principales

¹ Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 390.

conquistadores los esperaban para darles la bienvenida. Montejo aposentó á los religiosos en la propia casa de su morada, y los colmó de agasajos y consideraciones. El capitán general daba suma importancia á la venida de los religiosos, pues conociendo su celo y brío en el desempeño de su misión espiritual, comprendía que desde luego se pondrían á trabajar sin descanso en la instrucción moral y religiosa de los indios, y esta instrucción, fuera del beneficio que á éstos en particular les habría de traer, serviría también para consolidar la dominación española. Los religiosos, con la influencia que el maestro tiene sobre el discípulo y el apóstol sobre el creyente, no dejarían de inculcar en los mayas el afecto y adhesión á la madre España. Los religiosos, si bien poniendo ante todo su misión evangélica, no podían desvestirse por completo de su amor á la patria: el capitán general, por su lado, era cristiano sincero, y, en tal carácter, ambicionaba hacer participantes á los indios de la fe que amaba entrañablemente; era español, leal á su patria y á su rey, y no podía menos de recibir con alegría á quienes venían á implantar en la tierra que gobernaba, con la fe evangélica, la adhesión á España y á sus instituciones. De los sentimientos de Montejo participaban todos los españoles residentes en Yucatán, y era por esto natural que la llegada de los religiosos fuese saludada con aplauso y regocijo.

Estaba ya el padre Villalpando en Campeche cuando llegó de Veracruz Fray Juan de la Puerta con sus compañeros el padre Albalate, el padre Vera y el padre Maldonado, enviados por el custodio

general Fray Martín de Hojacastró.¹ Fray Juan de la Puerta se encargó entonces de la dirección general de la misión, como comisario y superior, figurando así entre los fundadores de la religión franciscana en Yucatán.

El capitán general convocó á todos los caciques é indios principales de las cercanías de Campeche, y celebró una asamblea general de españoles é indios presidida por él y por Fray Juan de la Puerta. Allí presentó á los religiosos dándolos á conocer á los indios con los colores más simpáticos y agradables como maestros y padres que no solamente iban á trasfundir en sus almas verdades excelentes y virtudes purísimas, sino que los iban á ayudar en sus tribulaciones, consolarlos en la desgracia y defenderlos contra la injusticia. Díjoles que eran enviados por el rey de España, y así debíanles respeto y obediencia como al mismo rey si viniese á Yucatán; y que, para poder con más comodidad recibir la instrucción, procediesen inmediatamente á construir una iglesia donde con decencia se celebrase el culto, y un convento que sirviese de morada á los religiosos. Maravilloso efecto tuvo el discurso de Montejó en el ánimo de los indios: oyendo que los religiosos eran enviados del rey de España, se formaron una idea elevada de aquellos varones de aspecto sencillo y respetable, de mirada afable, de fácil acceso, de amable trato, de dulce y suave comunicación. Era una idea nueva que tenían de los grandes, hombres de los hombres de rango, de los sacerdotes. Acostumbrados al desdén y altivez de

¹ Landa. *Relación de las cosas de Yucatán*, pag. 94.

sus magnates y sacerdotes, los indios no podrían menos de acoger con agrado á estos nuevos sacerdotes y grandes hombres que se les presentaban con un aspecto tan sencillo y fraternal.

Fray Juan de la Puerta fué á Mérida, y se juntó allí con Fray Lorenzo de Bienvenida, en tanto que el padre Villalpando permaneció en Campeche ocupado en la edificación de la iglesia y convento proyectados: se escogió para el edificio un lugar en la playa, y en el pueblo primitivo de indios, que estaba á poca distancia del lugar donde se había trazado la nueva villa de españoles ubicada al oeste de la residencia del cacique Na Pech. Al mismo tiempo que se atendía á la construcción de la fábrica del templo, los religiosos no perdían ocasión de enseñar á los indios: no se detenían por ignorar el idioma, pues mientras lo estaban aprendiendo con empeño, se valían de intérpretes que tradujesen sus pláticas y sermones á los indios en su lengua nativa. No tardaron mucho en predicar en lengua maya, pues dedicados con calor á aprenderla, pronto vencieron sus dificultades, y pudieron no sólo hablarla con soltura, sino escribirla correctamente. El que más se distinguió en este aprendizaje fué el padre Villalpando: era este religioso tan aventajado en lo físico como en lo intelectual y moral: su vigorosa constitución resistió á todas las penalidades de sus prolongados viajes á pié por toda la península de Yucatán, y su inteligencia ilustrada por fuertes estudios en la universidad de Salamanca, le puso en aptitud de ser un predicador eminente: su palabra fácil, abundante en imágenes, copiosa en doctrina y sabiduría, era realzada por la afabilidad

de su continente, tanto como por la pureza de su vida y el amor á la humanidad de que rebotaba su corazón. El, primero que nadie, pudo penetrar perfectamente el genio de la lengua maya, y poseerla en toda su amplitud: se cuenta que empezó por aprender de memoria multitud de palabras sueltas que iba preguntando á los indios y aprendiendo de viva voz á pronunciarlas, y que cuando ya hubo adquirido algún caudal de expresiones, estudió las variaciones de los nombres y verbos y pudo ya fácilmente explicarse en maya: continuando con profundidad el estudio del idioma pudo hacer una gramática, un catecismo y un vocabulario.¹

Vencida la dificultad del idioma, los religiosos pudieron explicar á los indios todo el sistema de la doctrina y moral cristiana; sin embargo, no se mostraron ligeros en bautizarlos, aunque ellos lo solicitasen con ahinco: preferían instruirlos seriamente y catequizarlos con toda paciencia y lentitud, esperando que tuviesen conocimiento suficiente del dogma, y bien probada fe, para luego administrarles el bautismo: se ve de ello un ejemplo notable en el primer neófito bautizado que fué el cacique de Campeche, quien, á pesar de su elevada condición, no consiguió ser bautizado sino hasta que estuvo bien instruido en la doctrina cristiana: lo bautizó el padre Bienvenida, y se hizo notable por su talento é instrucción literaria, pues no solamente aprendió con perfección la lengua castellana, sino también el idioma latino, y estuvo tan adelantado en la doctri-

¹ Cogolludo, *Historia de Yucatán*, tomo I, pag. 393.—Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, pag. 94.—Brinton, *The maya Chronicles*, pag. 72.—Carrillo y Ancona, *Historia antigua de Yucatán*, pag. 124.

na cristiana que ayudó como catequista á los religiosos en la conversión de sus paisanos.

La instrucción religiosa de los indios tuvo sin embargo dificultades y obstáculos de gran importancia, ora en el interés de los encomenderos que pretendían ocupar á los indios en sus labores y granjerías, ora también en la veleidad de los mismos indios que volvían á sus antiguas idolatrías, pues acompañadas estas ordinariamente de orgías, ejercían sobre ellos grande atractivo por su afición desmedida á la embriaguez. A pesar de todas estas dificultades, la obra de los misioneros cristianos no fracasó, y, un siglo, después de iniciada, se podía palpar el éxito que había alcanzado: la idolatría había desaparecido de Yucatán, los sacrificios humanos y los repugnantes banquetes canibales no existían, y un cambio de ideas y sentimientos había elevado el nivel moral de la gran mayoría de los indios: las costumbres se habían transformado, las virtudes domésticas habían sucedido á los antiguos vicios y disolución: una sociedad nueva había sustituido á la antigua, y nadie podía negar que se habían engendrado en los indios hábitos de trabajo, de limpieza, de honradez, de fidelidad y de respeto.

La raza india y la española coexistían pacíficamente, y una nueva raza formada de la mezcla de ambas se iba formando lentamente como se forman en el transcurso de los siglos los terrenos de aluvión en las márgenes de los ríos: y esta raza, que ya no se llamará española ni maya, sino yucateca, llevará consigo una fisonomía especial en que se verán predominar dos caracteres típicos: el espíritu